

LA CAÍDA DEL IMPERIO AMERICANO

T.O.: LA CHUTE DE L'EMPIRE AMÉRICAIN
NACIONALIDAD: CANADÁ
DURACIÓN: 127'
AÑO: 2.018



SCREENBOX
FUNATIC
FICHA NÚM. 2.028

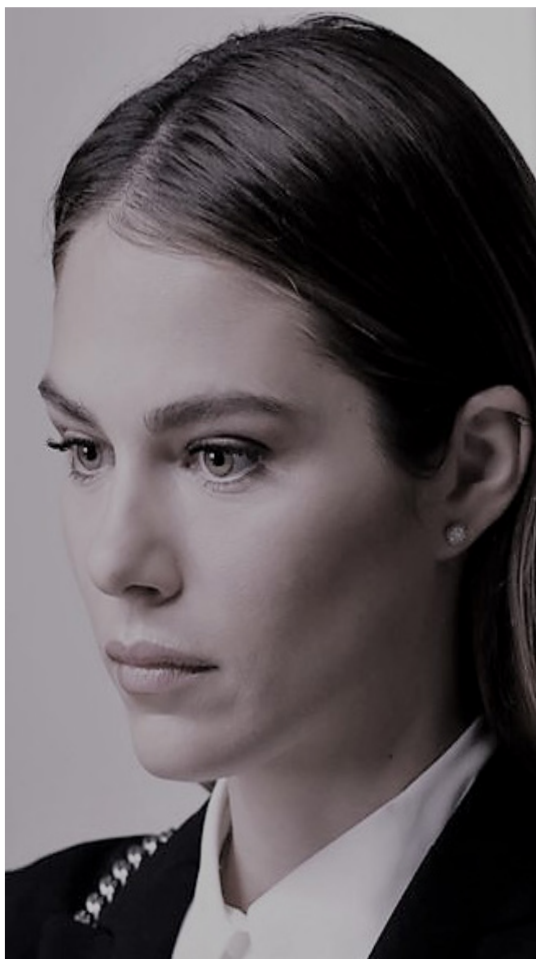


Estreno Screenbox Funatic: 26-04-2.019
Estreno España: 29-03-2019

WWW.SCREENBOX.CAT

TEL: 630 743 981

PI I MARGALL, 26. LLEIDA



FICHA ARTÍSTICA

Pierre-Paul Daoust: Alexandre Landry

Aspasie/Camille Lafontaine: Maripier Morin

Sylvain Bigras: Rémy Girard

Pete LaBauve: Louis Morissette

Carla McDuff: Maxim Roy

Sr. Wilbrod Taschereau: Pierre Curzi

Jean-Claude: Vincent Leclerc

Jacmel Rosalbert: Patrick Émmanuel Abellard

Linda: Florence Longpré

Vladimir François: Eddy King

Nicole: Geneviève Schmidt

FICHA TÉCNICA

Director: Denys Arcand

Guión: Denys Arcand

Productor: Denise Robert

Música: Louis Dufort, Mathieu Lussier

Fotografía: Van Royko

Montaje: Arthur Tarnowski

Casting: Lucie Robitaille

Dirección de Arte: Patrice Bengle

Vestuario: Sophie Lefebvre

SINOPSIS

Pierre-Paul Daoust tiene 36 años, le apasiona la literatura y es doctor en filosofía. Pero se ve obligado a trabajar como repartidor para tener un salario decente. Un día, mientras entrega un paquete, se topa con la escena de un robo a mano armada que ha salido mal

con un resultado de dos muertos. Se encuentra con dos bolsas de deporte repletas de billetes. Mucho dinero, más del que podía imaginar y mucho más de lo que pueda ganar trabajando mucho tiempo...

FILMOGRAFÍA DEL DIRECTOR: DENYS ARCAND (Deschambault, Québec, Canadá, 25-06-1.941)

- La caída del imperio americano (2018)
- El reino de la belleza (2.014)
- La edad de la ignorancia (2.007)
- Las invasiones bárbaras (2.003)
- Stardom (2.000)
- Joyeux Calvaire (1.996)
- La verdadera naturaleza del amor (1.993)
- Jésus de Montréal (1.989)
- El declive del imperio americano (1.986)
- Le confort et l'indifférence (1.982) (Documental)
- Gina (1.975)
- Réjeanne Padovani (1.973)
- Québec: Duplessis et après... (1.972) (Documental)
- La maudite galette (1.972)
- On est au coton (1.970) (Documental)
- Seul ou avec d'autres (1.962)

PREMIOS Y PRESENCIA EN FESTIVALES

- Premio FIPRESCI: Festival de Valladolid (2.018)
- Sección Oficial: Festival de Toronto (2.018)

DESPUÉS DEL DECLIVE... LA CAÍDA (Nota de Denys Arcand)

Hago películas intentando, a mi manera, cumplir con una consigna secular: actuar como espejo de la vida y el tiempo. Todos estamos sometidos al imperio americano, incluso en los rincones más remotos de nuestro planeta. Ese imperio se está muriendo y sus convulsiones nos afectan en toda su brutalidad. Los que depositaron sus esperanzas en una hipotética dimisión de Trump, olvidan que después de Calígula llegó Nerón y tres siglos de desintegración inexorable. En Canadá vivimos cómodamente bajo el paraguas de la "pax americana", pero empezamos a contagiarnos de la decadencia moral del imperio. La omnipotencia del dinero es uno de los síntomas. ¿Encontraremos antibióticos lo suficientemente potentes para luchar contra esta gangrena?

ENTREVISTA CON EL DIRECTOR (Publicada en elcultural.com por Begoña Donat)

A los 77 años, con un historial en el que consta un Óscar, una Palma al Mejor Guión y el César al Mejor Director, Denys Arcand está de vuelta de todo. "Soy lo suficientemente mayor para hacer cine por diversión. No tengo que trabajar para vivir. A los 40 tenía que establecerme y consolidarme. A lo largo de mi carrera he visto a muchos directores que han desaparecido del circuito para enseñar cine en oscuras clases de

universidades. Esto ya no me preocupa. Tampoco los premios ni los concursos", reconocía, jocoso, a El Cultural en el pasado Festival de Toronto. El director asegura haber realizado su última película con "La caída del imperio americano".

Esta sátira social disfrazada de comedia policíaca ultima la trilogía iniciada con "El declive del imperio americano" (1986) y "Las invasiones bárbaras" (2003). El epílogo, sin embargo, no es una secuela al uso, pues no repiten los protagonistas de las tramas precedentes. Su encaje en el tríptico es de tipo temático. El cineasta vuelve a poner su mirada incisiva sobre la sociedad actual y a advertirnos sobre la mala influencia de EE.UU. en su vecino del norte. Esta vez denuncia el materialismo imperante y la importancia desmesurada del dinero a través de un personaje con complejo de Peter Pan.

Arcand trabaja con fichas. Cuando acaba un proyecto inaugura un fichero con apuntes que luego llegarán al guion. En la de "La caída del imperio americano" combinaba el blanqueo de dinero y un atraco a tiros con una jugosa anécdota personal: el encuentro fortuito con una prostituta de lujo en un hotel de Ottawa. Gracias a estas fichas y sus temas puede seguirse la estela de su trayectoria, siempre ligada al diagnóstico de los males sociales y la idiosincrasia cultural de su Quebec natal. En una primera etapa, se decantó por los documentales de controvertido sesgo político. "On Est au Coton" (1970),

donde denunciaba los abusos en la industria textil local, fue censurado en su país durante seis años. Con su paso a la ficción no abandonó su acercamiento intelectual y político a la realidad. Y si bien los títulos de sus películas suelen ser más alegóricos que literales, reincide en su retrato agudo y provocativo de las cuitas de la provincia francófona de Canadá.

¿Ha supuesto un aliciente revisitar el género policíaco de sus películas “La Maudite Galette” (1972), “Réjeanne Padovani” (1973) y “Gina” (1975)?

Hay escenas clásicas del género a las que siempre quieres volver, como las persecuciones. O las escenas de robos, en las que atracadores y policías se disparan. O las de amor, que también son icónicas. Siempre es divertido volver a las bases del cine. Y el formato policíaco ayuda al éxito de una película. Porque si no te interesan las discusiones filosóficas de mi protagonista, siempre te puedes preguntar qué va a pasar con la gran bolsa de dinero robado.

¿Por qué incorporó estas disquisiciones en la trama?

Hace unos años, estaba en una cena de la alta sociedad en París en la que se estaba debatiendo sobre una bancarrota. Uno de los comensales lamentó que el responsable del desastre económico fuera un tipo muy inteligente, a lo que uno de los hombres más ricos del universo, con el que también compartíamos mesa, respondió: “¿Sabéis? No creo que la inteligencia sea un activo en asuntos de negocios, sino un pasivo”. Me fascinó aquella frase. Le estuve dando vueltas y me hizo pensar en todos mis amigos extraordinariamente inteligentes que viven aislados en la montaña.

La película podía haber sido cínica, pero tiene una gran empatía y compasión por sus personajes. ¿Fue premeditado?

No soy tan consciente de todo lo que hago. Pero si hablo de dinero, también tengo que hacerlo de la gente que vive en situación de precariedad. Lo que sucede es que, en ocasiones, los cineastas tenemos suerte. En este caso, una madrugada, íbamos mi cámara, su asistente y yo por las calles de Montreal en un monovolumen y, de repente, vimos cuatro personas durmiendo en la calle. Paramos y pensé que tenían que formar parte de la película.

Imagino que su experiencia como documentalista también le habrá agudizado la vista para incorporar la cruda realidad a su filmografía...

Sí, el cine es algo vivo. No es como la escritura o la pintura. Sucede. Lidias con la realidad, con los seres humanos, y no puedes controlarlo todo. A veces, no pasa nada, y otras, das con una veta de oro.

¿Cómo ha cambiado la sociedad desde que rodó “El declive del imperio americano”?

Ha empeorado. Quizás también tenga que ver conmigo, porque cuando la rodé tenía 41 años y mi primer matrimonio se iba a pique. Estaba obsesionado con el fracaso de la pareja y con el sexo. Siento contarte esto (se azora, pero prosigue). Eran los años ochenta y el sida todavía no era una amenaza, o al menos, así lo pensábamos los heterosexuales. Eran los últimos momentos de absoluta libertad entre el descubrimiento de la píldora y la expansión del VIH. ¡Una etapa genial! No me arrepiento de nada. Así que aquella película era sobre sexualidad. También me preocupaba el dinero, pero ahora estoy sorprendido con el hecho de que sea la vara de medirlo todo.

¿De qué forma ha afectado esa omnipresencia del dinero en la cultura?

Incluso cuando se habla de cine, la conversación recurrente es la taquilla del primer fin de semana. Pero, ¿quiere decir eso que es una buena película? O escuchas que alguien exclama que la saga Harry Potter ha vendido 500 millones de libros, pero ¿qué valor tiene esa cifra? Y eso atañe a todo, como que un empresario que salió en televisión sea ahora el presidente de EE.UU. Cualquier otro valor se desmorona.

¿Cómo le ha influido su educación católica en la percepción de esa realidad?

Mis padres valoraban la familia y el matrimonio. Al mismo tiempo practicaban la honestidad, el “no robarás”, porque

ibas al infierno. Cuando murieron lo hicieron en paz y felices porque subían al cielo. Y ahora, como no creo en el paraíso y me voy a morir, estoy terriblemente ansioso (risas). Antes había una estructura social, pero todo se ha ido por la borda. Ya no creemos en nada, así que el único culto es al dinero.

¿Sigue socialmente comprometido o ha tirado la toalla?

Estoy tan perdido como mis personajes. Llevo años sin votar porque no me siento representado por nadie. Y la era digital me supera. Facebook trafica con nuestra información privada, los ‘hackers’ rusos manipulan los procesos democráticos, Netflix está asumiendo el control absoluto del cine. Francamente, me siento superado. Ya ni siquiera voy al cine, porque la mayoría de los cineastas que amé han muerto y la mayoría de películas que proyectan son entretenimiento vacío. Si quiero entretenerme, veo jugar a Rafa Nadal.

En todo caso, “La caída del imperio americano” es más optimista de lo que cabría esperar. No muestra fe en el sistema, pero sí en el individuo. ¿Realmente cree que hay motivos para la esperanza?

Sí. Siento que ahí afuera hay muchísimas personas admirables. Y creo que la vejez me ha ablandado. Me siento más sereno, menos deprimido. Después de todo, he tenido una vida llena de éxito, amor y felicidad. Además, no me gusta que el espectador salga de ver una película mía con ganas de suicidarse.

De hecho, la película es un “thriller”, un género que usted habitualmente no maneja. ¿Se le ha hecho raro?

Todo lo contrario. Las primeras películas que hice en los 70 eran ‘thrillers’, relatos de suspense y pistolas. Sobre todo después de pasar muchos años haciendo cine para intelectuales, me apetecía aflojar un poco. Y el director que diga que no disfruta rodando con pistolas, miente.

FÁBULA DE DENUNCIA POLÍTICA (por Javier Ocaña en El País)

Cuando parecía perdido para la causa, a los 77 años y tras una desafortunada tercera entrega de su serie de películas *El declive*, el mejor Denys Arcand ha vuelto. El cineasta canadiense, que ya había compuesto dos obras sensacionales en “*El declive del imperio americano*” (1986) y en “*Las invasiones bárbaras*” (2003), los dos primeros ejemplares de su saga de historias independientes, aunque de exactos sentidos del riesgo, de la crítica y de la desazón, tanto en lo político como en lo social, se había precipitado hasta el desbarre con la trasnochada “*La edad de la ignorancia*” (2007). “*La caída del imperio americano*”, su tardía cuarta pieza, premio de la Crítica en la pasada Seminci de Valladolid, es el golpe de sabiduría de un anciano que se las sabe todas.

Solo por la secuencia que ejerce de prólogo, casi un cortometraje de conversación en una cafetería, al borde del surrealismo de los “*Coffee and cigarettes*” de Jim Jarmusch, pero cargado de envidia filosófica y de espontaneidad a pie de calle sobre lo que puede significar hoy en día la inteligencia, la nueva película del director de Jesús de Montreal merece una reverencia y respeto. Y a partir de ahí, Arcand compone una fábula sociopolítica de extrema acidez, que sería bueno que los espectadores vieran como lo que es: como un cuento en forma de comedia criminal. Porque como vayan buscando la verosimilitud a toda costa, en una de las más equivocadas costumbres del espectador medio contemporáneo, se van a desencantar.

“*La caída del imperio americano*” carga contra todo y contra todos en este mundo actual de rufianes de impoluta fachada y de impostura generalizada. A través del relato de un encuentro casual con una gran cantidad de dinero por parte de un hombre aparentemente común, Arcand denuncia los modos de la economía globalizada y de la infausta ingeniería financiera, con un regocijante espíritu acusatorio del que son víctima los estados, los políticos, los economistas, la policía y diversos estamentos reales con nombres y apellidos, con la FIFA, el COI y las falsas fundaciones que sólo intentan evadir impuestos como principales damnificados de sus puñaladas.